

de los mejores. Civilizadlos cuanto queráis, perfeccionad sus buenas cualidades; si no los sustraeis á la influencia de su raza, todo lo que obtendréis será hacer de ellos lo que son naturalmente la mayor parte, hombres buenos, sencillos, medianos inventores, pero dotados de una buena dosis de espíritu de imitación, susceptibles de abnegación, animosos en ocasiones; pero bajo la negra epidermis vivirá siempre el hombre viejo; y no hay que estrañar si un día se

escapa bajo el imperio de algun terror supersticioso para volver á ser lo que en el fondo no habrá dejado de ser nunca: crédulo como un niño, y cruel como él solo.

Cultivos.—Producciones naturales.—Plantas oleaginosas y aromáticas.—Riquezas de los bosques.

Si la vida social é intelectual de los pueblos negros presenta siempre algun lado interesante, es raro que



Caserío gabonés en medio de los bosques.

asi sea respecto de la material. He dicho cómo visten y habitan los gaboneses: el roce con los europeos les ha dado cierto gusto relativo, pero nada han cambiado en su modo de alimentación. En medio de una naturaleza vigorosa, no han sabido crearse recursos suficientes para ellos ni mucho menos para los extranjeros. Alrededor de sus pueblos solo se ven algunos grupos de plátanos y *manioc*, en el interior unos cuantos árboles sagrados junto á la casa fétiche y algunos *ilangas*, especie de liliácea que tiene el privilegio de alejar el rayo. El manga introducido por los europeos comienza á prevalecer. El árbol de pan ha

tenido menos suerte á pesar de los esfuerzos de la misión francesa. En las *habitaciones* se cultiva en mayor escala el plátano, el manioc, la batata, la aráquida, el maíz y la caña dulce en pequeña cantidad y tambien algunas drogas odoríferas.

Estos cultivos cambian con frecuencia de sitio, á espensas de los bosque inmediatos. Y por cierto que no es un trabajo leve este desmonte. Los pueblos enteros emigran á la vez para este gran negocio y van á acampar al bosque. Hacen chozas con ramas de árboles, y algunas mujeres se ocupan en preparar la comida, mientras que las otras, con sus hijos acuestas



Guerreros bakaleses.

van á ayudar á los hombres á hacer leña de los árboles cortados.

Por la noche se arman bailes al son del tamtam, porque esta es aquí la conclusion de todas las cosas, asi de trabajo como de placer. Las hogueras brillan al través de las ramas reflejando su rojo brillo en aquellos intrépidos bailarines de piel reluciente y gestos lascivos: esta animacion es desconocida dentro de poblado. Todos sacuden su pereza originaria y trabajan con ardor. Pero asi que se ha hecho el desmonte vuelve á aparecer la índole natural y los hombres vuelven á sus casas á descansar de sus fatigas, dejando á las mujeres el cuidado de sembrar el terreno que abrieran por un comun esfuerzo.

Desenvuelven toda esta actividad para el plátano y el manioc: los dos parecen indígenas, aunque yo no he encontrado nunca el plátano sino en parajes antes cultivados. Este árbol es de gran provecho en el pais. Se me han enumerado diez y nueve especies de este género, y yo mismo he tenido ocasion de ordenar muchas variedades en el Jardin de Aclimatacion de Argel. Algunos dan frutos enormes, pero ninguno tiene el gusto frio y delicado del pequeño plátano tan conocido en nuestras colonias con el nombre del higo-plátano ó higo freycinet. El manioe tiene sobre el de América la inapreciable ventaja de no ser venenoso, despues de una preparacion especial; se le reduce á una pasta llamada *guma*, por medio de una maceracion que le da cierto grado de fermentacion y un sabor agrio y nauseabundo muy apreciado de los indígenas. Esto con el pescado y el plátano cocido antes de madurar, es la base del alimento.

Los condimentos no faltan en esta cocina elemental. Acaso no haya otro pais mas rico en productos oleaginosos sin explotar aun. Con la almendra triturada del *oba*, un buen manga indígena, se hace el *dika*, cuyo gusto y color se asemejan al chocolate; producto notable que Mr. Aubry le Comte, hoy conservador de la Esposicion colonial hizo conocer el primero. Dos árboles de la familia de los sapotáceos, el *djavé* y el *nungu*, suministran el primero un aceite medio concreto y el segundo una grasa muy espesa y blanca. Otro árbol muy alto, el *m'poga*, produce un excelente aceite, pero de extraccion difícil por la dureza del fruto que lo contiene. Una planta leguminosa, aborrescente, la *ovalá*, da una vaina enorme, cuyos granos son oleaginosos y comestibles. Si se añade á esta lista tanto incompleta, la palmera de aceite que no es muy comun, y la aráquida, de que se cuidan poco los indígenas, porque exige cierto trabajo, se comprenderá que este pais es rico en materias grasas vegetales y qué recursos podrian hallar en ellas los naturales, si quisieran tomarse el trabajo, no ya de cultivar, que esto es casi supérfluo, sino de multiplicar y agrupar las especies útiles.

No cerremos esta revista sin hablar de los condimentos de delicado gusto que produce el Gabon, pero que son por otra parte poco empleados. En primer lugar está el *maketa*, gengibre dorado de buena cualidad; despues el *yanque-bere*, el *enone* y muchas otras plantas pertenecientes á ese género cardamomo, cuyos granos ardientes y aromáticos se conocen en el comercio con el nombre de malagueta, pimienta de Guinea, granos de paraíso etc., fueron muy usados en otro tiempo entre nosotros en las preparaciones culinarias y farmacéuticas. Un árbol de la familia de los anonáceos, el *ogana*, produce vainas de mal olor. La moscada no existe, á mi parecer, en el pais; hay sin embargo dos moscaderos, el *combo* y el *mohué*, cuya nuez no tiene aroma, pero es muy oleaginosa. El vainillero es comun, pero no la vainilla. Muchas veces he encontrado yo esta planta, sin haber visto jamás su fruto. Las mujeres, que emplean su hoja para preparaciones de *toilette*, no conocen su vaina ni su perfume. Parece verosímil que su fecundacion y fructificacion naturales, son aquí mas raras que en las especies de América.

Sensual como los orientales, el gabonés pretende poseer como ellos remedios para los desfallecimientos físicos. El afrodisiaco mas comun, es la raíz del *iboga* (*taberna ventricosa*), que viene á ser á lo mas un excitante general que podria reemplazar el café. Los indígenas lo usan en sus largas peregrinaciones por agua para combatir el sueño y enardecer sus fuerzas. Los frutos de muchos esterculios tienen propiedades análogas: el mas estimado es el *orende* rojo; otro, el *ombene* (*sterculia acuminata* de Palisot de Beauvois), es muy conocido bajo el nombre de nuez de colat ó guru. Su gusto áspero y azucarado impregna fuertemente las papillas de la lengua dejándolas momentáneamente insensibles á los sabores desagradables. El agua salobre parece entonces fresca y hasta dulce, preciosa propiedad que hace buscar este fruto en el Sudan donde es objeto de un comercio importante. No hay un viajero desde René Caillé, que no ha ya celebrado sus virtudes.

Y todas estas sustancias no cuestan ningun trabajo al gabonés á quien se las ofrecen espontáneamente los bosques en donde tienen establecidos sus cultivos.

Estos bosques tienen el vigor y lozanía que puede esperarse de una region inundada de sol y de lluvia. Alrededor de árboles á veces gigantescos, se adhieren plantas trepadoras de increíble multiplicidad; innumerables leguminosas, campanillas de mil colores, pasifloras, combretáceas, bignonias de todas formas; dos ó tres especies de vides de enormes pámpanos, y cuya uva de buen gusto pero carnuda, mejoraria con el cultivo; apocineas de todas clases, unos como el *inoc*, destilando veneno peligroso, otros como el *n'dam-*

bó suministrando á la vez sabrosos frutos y gran cantidad de *cautchuc*.

La misma nomenclatura, aunque muy incompleta, de estas riquezas botánicas, seria interminable. No puedo dispensarme de citar el *ogina-gina*, árbol de gutagamha, el *okume* ó palo de encender, gigantesco árbol que destila una resina elemí abundante y de cuyo tronco se hacen las mayores piraguas; higueras de cautchuc mas ó menos ricas sin explotar, y maderas de construccion de que el capitan de ingenieros Mr. Sourieau ha enviado interesantes muestras á la Esposicion.

Espero se me perdonen estos detalles botánicos, si se considera que el rico manto de verdura con que está siempre engalanado este pais constituye su principal belleza y que para los europeos que no pueden penetrar en el interior es casi su único atractivo. El fauno, mucho menos variado ofrece menos recursos á los curiosos. La misma especie humana con sus costumbres descoloridas al roce con los europeos, sus vicios que no presentan ya esa aspereza salvaje que los haria casi perdonar (hablo de los ribereños), apenas escitan la curiosidad del recién llegado; mas tarde solo escitan indiferencia. Unicamente la naturaleza vegetal, tan diferente de la nuestra, y á cada paso tan diferente de sí misma, viene á ofrecer un espectáculo realmente variado á los ojos que saben leer en él, al mismo tiempo que da al espíritu fatigado un alimento fácil é inagotable. Por lo que hace á mí, consagrar un recuerdo á aquellos ricos bosques que he observado con menos ciencia que buen deseo, vale tanto como hacer un acto de reconocimiento: les debo el mayor bien que puede un europeo desear en un pais tan poco adaptable, y es no haber conocido nunca el fastidio ni los profundos pesares de la nostalgia.

El bulus ó Shekianis.—El aceite de insectos.—Los bakaleses.—Region de los paletuvios.—Construccion de casas.—Animales de los bosques.—Hormigas y termitas.

En el Gabon se detuvo la invasion de los shekianis ó bulus, tribu terrible en otro tiempo, si se ha de creer á los m'pongwés que les temen aun, bien que los desprecian. Para estos refinados de civilizacion, orgullosos de sus relaciones con los blancos el bulu, el hombre de los bosques, es en efecto un salvaje con quien no se amista ni enemista sino por un interés de mera especulacion.

En esto dan una prueba de buen gusto. El bulu sin ser estremadamente negro, lo es mas que el m'pongwé; su piel es basta y terrosa, su mandíbula es mas saliente, su fisonomía no espresa á veces mas que el embrutecimiento; en general es verdaderamente feo. Ha conservado de sus recientes emigraciones, gustos nómadás muy pronunciados. La exigüidad de su menaje y la poca importancia de sus

cultivos hacen fácil y poco costosa esta movilidad. Por otra parte es vagabundo, dado como es al mero-deo. Roba al gabonés que le teme y no se querella de él, pero como buen comerciante procura hacer un negocio con el ladron y se indemniza.

Las casas de los bulus son pequeñas, mal construidas, incómodas y sobre todo sucias como su propietario. ¿Cómo vive este? No se lo esplica uno bien. El m'pongwé con sus cultivos pero no mal dirigidos, y con el auxilio de la pesca se sustrae apenas al hambre; el bulu debe estar aun mas embarazado. Verdad es, que viviendo constantemente en medio de los bosques, sabe explotar mejor sus recursos y pasa por hábil cazador. Despues sus gustos no son delicados. Yo traje al Museo Colonial una muestra de aceite, con el cual prepara sus alimentos y cuya impura procedencia levantaria el estómago mas fuerte. Obtiénese haciendo hervir en una olla, un gran térmita de cabeza negra y cuerpo azulado y blando, cuyo aspecto recuerda las gordas garrapatas de los perros. Este aceite es sin embargo trasparente y de un bello color opalino; ni es tampoco de sabor desagradable segun pude cerciorarme, antes, no despues de conocer su asqueroso origen.

La vida retirada y solitaria que hace el bulu con frecuencia en medio de los bosques, ha dado á toda su raza cierto misterioso prestigio. Como los viejos carboneros de nuestros bosques, es un poco médico y hechicero. El bosque no tiene secreto para él; sabe hallar en su seno medicamentos útiles y mas fácilmente aun venenos peligrosos: es, en una palabra, un gran fetichero.

Para hallar á los bakaleses ó akaleses, la tribu mas inmediata á nuestras factorías, hay que ir á buscarlos á la orilla de los rios; viaje poco divertido hasta salvar la zona de aluviones legamosas en que se mezclan las aguas del mar y del rio. Esta region es la del paletuvio y solo del paletuvio, porque el légamo es el reino de este árbol singular: invádelo con las mil raíces que marcadas salen de su tronco, con las que descienden de sus ramas como una larga cabellera, con sus innumerables frutos que antes de desprenderse echan tambien su raíz y caen luego por millares, manteniéndose derechos á modo de areómetros por el peso de la raíz y van con la corriente á tomar posesion de los bancos de légamo que encuentran al pasar. Este árbol invasor alza en las orillas de los rios murallas impenetrables de verdor parduzco tanto mas triste, cuanto que nada viene á romper la cansada monotonía de toda esta inanimada zona. Apenas se ve en ella un ave; acaso un papagayo ó un turaco posado en lo mas alto del árbol, revela su presencia por algunas notas agudas; pero oculto en medio del follaje sustrae á la vista su rico plumaje verde y sus reflejos metálicos de incomparable belleza.